

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 139

Manifestación del licenciado don Mariano Primo de Rivera sobre la revolución de independencia

Manifestación

Que hace Mariano Primo de Rivera de sus sentimientos y deseos en las circunstancias tristes de la época presente, a los habitantes todos de estos reinos.

HABITANTES TODOS DEL REINO, MIS AMADOS COMPATRIOTAS. La paz, ese bien sobre todo encarecimiento amable; ese don preciosísimo con que sin ejemplar había distinguido la suprema providencia por siglos enteros a estos reinos, en testimonio inequívoco de su amor y protección particular, por lo que se llamaban felices sobre el orbe todo; la paz ha desaparecido de entre nosotros en estos últimos días. ¡O pérdida sin tamaños ni medidas! ¡O desgracia, manantial inagotable de desaciertos, de los mayores sastres, de toda especie de males!

Avista de suerte tal, no se hará extraño que yo tome la pluma para un papel público, aunque he sabido guardarme de hacerlo, no porque me falte afecto al aplauso y a ese género de gloria, sino porque mi insuficiencia ha contenido a mi amor propio y a mis deseos. Pocas veces he escrito para la prensa, precisado siempre por algún motivo poderoso que no he podido excusar; pero he ocultado mi nombre, huyendo de la censura que justamente merecía.

Hoy dejo esa mi precaución, no porque intento lisonjear y adular, vicio de que por misericordia estoy distante; no porque busque premio, pues jamás he aspirado a él, ni pretendo salir de mi presente esfera; me animan, me determinan únicamente los sentimientos de religión que caben en mi miseria, el amor sincero que profeso a este

público, y un debido reconocimiento al crédito y estimación que le he merecido y de varios modos me ha acreditado. En circunstancias tan tristes no puedo prestar otros servicios. Sea este desahogo de mi corazón y muestra de mi gratitud; y venga después enhorabuena la crítica, que ya confieso merecerla.

Que restituya la paz, que parecía inseparable de nosotros, es todo mi anhelo, Ya veo otros ingenios muy superiores empeñados en tan digno objeto. ¡Cuánto han dicho y expondrán aún los que unen a su celo las ciencias, la erudición, la elocuencia! Los malignos efectos del resentimiento y del odio constantes compañeros de los partidos contrarios, los perjuicios indispensablemente comunes a uno y a otro al sostenerlos; los excesos que aún en el más cauto y medido produce el ardor; la precipitación casi necesaria en este y en otro lance, que es madre de desaciertos; la imposibilidad de llevar un partido sin ofensa y ruina de los del mismo por enlaces y dependencias de los del otro; lo escaso que es entre los hombres aquel amor de la patria justo, sincero, prudente y generoso, único para el bien y la gloria; los embarazos para los proyectos, en la resistencia a los mismos; la variedad de la guerra pendiente de circunstancias que no pueden preverse; la necesidad de confiar a los de menos fe y arreglo las principales obras en ocurrencias tales, y de premiarlos, y seguir después sus ideas, si no se ha de repetir una tras otra vez la propia escena ¡Oh! ¡cuántos, cuántos caminos dan la razón y la verdad para persuadir las funestas consecuencias de la inquietud y desunión, y los dulces efectos de la concordia y amistad!

Nuestros días desgraciados, con preferencia a todas las épocas del mundo, ofrecen sobrado asunto, y sucesos eficacísimos para el convencimiento. No elijo yo esos medios, porque los males que ellos nos presentan o están distantes de nuestros ojos, y no hacen toda la impresión necesaria, o los quieren desmentir la preocupación, el deseo y el ardor; y no hay en mí luces, ni coyunturas para oponerme a estos destructores de la razón, que con un

despreciable “puede ser” “veremos lo que sucede,” hacen frente a los argumentos más urgentes. Queden esas sendas para plumas que gozan mejor dirección, y están ejercitadas en obras de este género.

Yo escojo para mi intento a nuestra propia experiencia, que hace los objetos más sensibles, y precisa al asenso, si no ya obstinación y abandono absoluto a la más negra y fiera de las pasiones; triste estado que no deja esperanza ni arbitrio al particular que llora males públicos, y sin autoridad pretende impedirlos. Sí, nuestra propia experiencia por desgracia nos podrá decir ya la dulzura, bienes y comodidad que trae consigo la paz y la unión preferibles a cualquiera otra suerte por lisonjera que se invente, por feliz que la imaginación más acalorada la figure, y el peso, gravedad y trascendencia de los daños que hace toda discordia y desavenencia. A ella sola quiero llamar la atención, y limitar mi papel a unos simples recuerdos, de que podrán deducirse las consecuencias más eficaces para mi sano fin.

Eran estos reinos unos distantes espectadores de los sucesos trágicos de otros, de sus revoluciones y de sus desgracias, sin oír el trueno de la guerra, sin ver los semblantes pálidos de los que se conducen a ella, sin experimentar su fuego, su horror, su espanto, sus consecuencias, todas dignas del llanto y de la pena, sin acercarse al teatro de sus frecuentes alternativas, de sus suertes varias, de sus fieros espectáculos. Y al mismo tiempo que oíamos desgracias tales, al compadecerlas o admirarlas, dábamos gracias al cielo, y celebrábamos nuestra fortuna como única, de no presenciarnos, y de estimarnos exento de su jurisdicción y de sus alcances.

Cuando llegaron ellas a la antigua España, y ésta se hizo por designios del altísimo su centro y su teatro, nos tomamos todo el interés que debíamos, como que en aquél suelo veíamos nuestra sagrada religión, los esfuerzos por la restitución de nuestro soberano el

más amado, y los costosos empeños de nuestros padres, hermanos, deudos, protectores y con vasallos bajo de una misma religión y trono. Nuestra compasión pasó a ser sentimiento vivo en propia causa. No vivíamos cuando las noticias se retardaban; las favorables nos enloquecían por el gozo; las adversas nos consternaban y afligían. Pero después de todo este interés, no cesábamos de darle gracias al Todopoderoso porque nos había preservado de males tan graves en nuestras personas y nuestro suelo. La paz reinaba en nosotros, la unión nos aseguraba en nuestras posesiones y quietud, y sin otro principio, olvidados de los demás bienes del mundo, nos complacíamos y llamábamos los felices de la tierra, el pueblo escogido del Señor, porción especialmente amada de su divina majestad.

Pocos se separaron de sus casas, y esto sin precipitación, y con la comodidad posible. Nadie abandonó al riesgo ni a la ventura su familia. Nadie desamparó, ni dejó en manos desconocidas sus intereses. Los caminos francos, y las correspondencias expeditas proporcionaban sus giros. Todos atendíamos con reposo a nuestros destinos y ocupaciones. Comíamos con sosiego; dormíamos con confianza; y aún en las atenciones de entretenimiento y diversión ninguno encontró embarazos, ni tuvo que experimentar novedades. De manera que nuestra suerte fue siempre una; y esta felicidad en todo su lleno se debió a la paz en que vivíamos, cuando el mundo ardía y se agitaba con sucesos que en toda su edad no había conocido. ¡Feliz suerte! ¡Distinción a toda luz envidiable!

Pero aún se extendió a más sobre nuestra felicidad la divina providencia. No era una paz vulgar la que nos unía y aseguraba, pues aun las distinciones antiguas, y los partidos que sordamente obraban de mucho tiempo atrás cesaron, y todos los habitantes de estos reinos se intimaron en un amor gloriosísimo a nuestra religión, tierno y respetuoso para nuestro soberano, y de loor eterno para la nación. Aquéllos días veintinueve, treinta y treinta y uno de julio de ochocientos ocho dignos de memoria en los siglos futuros, si

sucesos contrarios no piden sin olvido, ¡a quiénes no llenaron de gozo? ¿a quiénes no pronosticaron bienes y dichas verdaderas? La paz, la unión, la prescindencia de distinciones y partidos produjeron tan admirables, tan gratos efectos. Si esta coyuntura, si esta disposición de ánimos se hubiera aprovechado ¡cómo celebraríamos hoy nuestras glorias, nuestra suerte sin segunda! ¿quiénes podrían comprarse con nosotros?

Este era nuestro estado admirable para todos los mortales, y capaz de excitar la emulación y la envidia de todas las gentes; pero estado que no supimos conocer ni apreciar dignamente, porque nos faltaba un extremo de propia experiencia con que compararlo. Hoy por situación muy diversa, que puede deberse solamente a los infiernos mismos, tenemos a nuestra vista ese extremo de comparación. ¡Cuánto más dulce, de cuánta mayor estima se hace en el día al sensato, al amador del verdadero bien, al que no obra por preocupaciones aquella nuestra suerte antigua! Aún no ha llegado a nosotros, ni permita Dios llegue el golpe todo de infortunios y desgracias que ocasiona la discordia y la desunión; pero por los principios que experimentamos, podremos hacer el paralelo, a que nos deseo atentos, para el remedio de los males sentidos, y cautela para los que nos amagan. Seamos sensatos, ya que no generosos, y saquemos de la presente desgracia la lección más oportuna, el estímulo más poderoso para solicitar a cualquiera costa nuestra verdadera felicidad.

Quien pudiera escarmentar... no ¡Quién pudiera conocer, distinguir y haber alejado de este pueblo obediente sin reserva, fiel sin excusa, amante sin vista, generoso sin medida, a lo que nos han robado la prenda más dulce y estimable que hacía nuestro carácter, y nos prometía una prosperidad constante! ¡Fieros enemigos de su propio bien! ¡Negros ministros del averno, que con maldita astucia han perturbado al pueblo, que con repetidos testimonios ha manifestado su religión al verdadero Dios, su lealtad al soberano legítimo, su compasión y amor a la nación, a quién debe su origen, su fe, sus luces! ¡Nos han quitado la paz; han

desviado los corazones; han perturbado y resentido los ánimos; nos han constituido por tanto en la mayor miseria, en la suma desgracia! Ya no será éste el pueblo feliz envidiado de todas las naciones. Ya no gozará de su fertilidad, abundancia y producciones. Ya no podrá ser generoso con sus riquezas. Ya no será tan risueño. ¡Ya ha perdido todo su bien!

Los prelados y demás sagrados ministros de la Iglesia santa se ocuparán para lo sucesivo en llorar los extravíos y desgracias de fieles, que oían atentos y reverentes sus exhortaciones. Los que nos gobiernan no cuidarán como antes de la comodidad, abastos y hermosura de sus poblaciones, porque su atención estará dedicada a objetos más urgentes. Sus Magistrados y jefes, aunque redoblen su vigilancia, la aplicarán toda a precaver daños comunes, desviándose de la administración de justicia que piden los particulares. Ya no será el cuidado del labrador el cultivo de sus tierras. El minero no podrá atender sus negociaciones. Las fábricas se abandonarán. El comercio no ha de tratar de surtirse. El artesano cesará en sus obras. Y todos, todos habrán de desamparar sus destinos y ejercicios.

Los caminos serán embarazados. Las correspondencias se entorpecerán. No habrá tráfico de unos a otros lugares. Y por consecuencia todo giro padecerá trabas y extravío; los abastos se dificultarán; careceremos de los renglones más necesarios; y en todos se alternarán con exceso los previos. Pero... ¡Oh si aquí parara el daño! Lo peor es, que reinará en todos la desconfianza y el temor. Aquélla prudente libertad de discurrir sobre los acontecimientos y ocurrencias más comunes, acabarán. Nadie será dueño de su semblante, ni de sus más naturales acciones, porque en los partidos de todo se querrá deducir, quien es de éste, quien del otro. Ni el silencio ni el hablar, ni la tristeza ni la alegría, ni el retiro ni la sociedad, podrán servir para el concepto, para la recomendación, para la seguridad. El sueño, la comida, el cuidado de los hijos, la diligencia del marido, la separación indispensable de la familia, el uso de los bienes, el vivir todo será en zozobra, en inquietud

y en recelos. ¡Situación embarazosísima! ¡Suerte muy desgraciada!

Ella es ya la que corremos en mucha parte. Ya hemos visto de cerca el semblante de la guerra en sus preparativos. Ya experimentan algunos sus estragos y tristes resultas. El movimiento de las tropas para su acción y ejercicio, nos convence de que ya es necesaria la fuerza y la defensa. Ya lloran la mujer, los hijos y los buenos ciudadanos el riesgo a que se van a exponer el marido, el padre, sus semejantes y hermanos. Ya llegan a nosotros los lamentos de aquel amigo que en breve vio desaparecer su fortuna, y del otro honrado que ha perdido el fruto de sus fatigas. ¿Es este el estado, que por siglos han gozado las Américas? ¡Podría temerse otro más miserable? ¿Qué constitución dan diversa! ¿Qué paralelo tan digno de atención entre uno y otro extremo! El sólo sin extender la consideración a los horrores que por necesidad siguen a la división y discordia, es capaz de que el sensato, el que busque su propia felicidad, el racional ansíe y se esfuerce por la restitución de la paz, de la armonía, del amor, de aquella deliciosísima unión en que nos vimos.

¡Ah hermanos míos muy amados! Sí, hermanos, y muy amados: ¡con ese interés veo a todos y a cada uno de los habitante de estos reinos! Y nuestra presente desgracia ha avivado sobremanera mi amor, mi ternura, mi compasión hacia todos. En cada uno que se me ofrece a la vista o a la consideración, sin distinguir clases ni circunstancias, exclamo con el mayor dolor en mi interior ¡si llegará éste a ser víctima lastimosa de la fiera suerte que nos amenaza? ¡Y su alma! ¡y su familia! ¡y sus deudos y amigos! ¿qué será de ellos? ¿Ah cruel tormento! ¡qué imaginaciones tan espantosas se me presentan, porque de todo horror es origen la división! ¡Oh si mi vida!...Sí, sí, no me detengo; si mi vida pudiera ser precio de la paz y sosiego común, la sacrificaría gustoso. Tanto así me pueden los desastres que preveo.

Produzco estos párrafos cuando acabo de oír el catástrofe funestísima de Guanajuato. No estoy para fingir, ni para buscar hermosuras en lo que escribo. Mi corazón dicta; la sinceridad habla. ¿Cómo es posible escuchar sucesos tan lastimeros y espantosos sin un cruel martirio del ánimo? ¿será dable que este gran México, acostumbrado a oír la artillería para salvos y para su regocijo, se estremezca a los horrorosos truenos de la guerra? ¡México, que pocos días hace, adornó primero amante con alegría y contentos inexplicables sus hermosas calles por culto a la madre de Dios su especial protectora, ha de ver las mismas convertida en teatro de una sangrienta guerra! ¡México, en donde resonaron con gloria de la religión, y con tanta confianza nuestra tiernas y devotas alabanzas de aquella amantísima madre, se ha de aturdir con las voces de la división, con las quejas de los desgraciados, con los llantos lastimerísimos de las viudas y huérfanos! No hay pecho humano que soporte sola la imaginación de sucesos tales.

No hermanos míos: Alejemos de nosotros males tan sin tamaño. La paz, la unión hagan nuestra suerte siempre feliz y constante. No dudo que el que fuere religioso ha de aspirar a ella; que el vasallo fiel se prestará gustoso; que el honrado no se ha de negar; que el generoso sin violencia cederá; que el prudente para cooperar, no se detendrá en voces populares, ni en pruritos pueriles; que el esforzado y de valor, si es racional no se obstinará en sostener su partido por manifestar ánimo; pero aún el que cuide únicamente de su propia comodidad, y se haya constituido un fino egoísta, con la comparación formada de uno y otro estado, debe preferir la paz a todas sus otras medidas.

Empeñémonos, pues, esforcémonos con toda diligencia nuestros arbitrios, para que se nos restituya ese bien, cuyo valor aún no es conocido, es don preciosísimo que la divina providencia por singular gracia nos había dispensado, pues la paz trae consigo los bienes más amables e interesantes; sola ella puede proporcionar en la vida las verdaderas delicias;

y por el contrario la discordia es origen de los más graves males; paralelo que no deja dudar en la elección. México y Octubre 8 de 1810.— *Licenciado Mariano Primo de Rivera.*

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602